

LOS RETOS DE LA ESCRITURA

Por CARMÉ RIERA

*Catedrática de Literatura Española
Universidad Autónoma de Barcelona
Miembro de la Real Academia Española*

¿Cómo se origina el proceso creador? La modernidad y la postmodernidad, en la que todavía nos encontramos nos ha familiarizado con la reflexión de los autores sobre ese proceso. ¿De dónde surge? ¿Cuál es el impulso que nos lleva a crear? ¿Cómo surge?

La posesión divina, el estado hipnótico, la inspiración, el rapto o la visita de la musa, de la que hablaban los antiguos y que los románticos gustaban de reivindicar, tienden hoy a ser explicados o, por lo menos, desmitificados. La inspiración se entiende solo como el momento desencadenante del proceso creativo.

Gil de Biedma, por ejemplo, hablaba de una imagen que había de transformarse en un verso y éste en un poema que se iba gestando en la cabeza y que no pasaba al papel hasta que no se ponía muy pesado y entonces no tenía más remedio que escribirlo.

Rosa Montero se ha referido a que las novelas se originan en una sopa primordial de imágenes e impresiones fugaces. Según Montero, el origen del proceso creador es comparable al origen del universo.

Se ha dicho que el novelista es Dios porque precisamente crea mundos propios a su antojo y no hay cosa más cierta.

Pero también el novelista, la novelista es Sherezada que cuenta para no morir. Y en este sentido, un gran poeta catalán, Joan Vinyoli definía, en un verso magnífico, la literatura como “Jocs

per ajornar la mort” (Juegos para aplazar la muerte). Otro poeta, Juan Luis Panero le tomó prestado el verso para titular un poemario entero: “Juegos para aplazar la muerte”. De eso se trata. De eso tratamos quienes escribimos mientras escribimos.

En un texto clásico, Otto Rank advierte que los seres productivos, eso es, los creadores, pueden, potencialmente, perdurar, en sentido metafísico, superar la muerte. Pero esa es una sensación fugaz, una experiencia sentida durante el proceso creador cuando el artista vive en un mundo de fantasía.

Por eso quizá –añado yo– en cuanto terminamos una obra, somos muchos los que notamos una especie de síndrome de abstinencia, una depresión que algunos también, y más especialmente algunas, hemos comparado con la depresión postparto. Tal vez porque existe algo en común entre embarazo, eso es, gestación, y creación, un aspecto que se ha permeabilizado en la misma lengua. Del mismo modo, libros y criaturas ven la luz, y madres y artistas dan a luz o paren. ¿Somos diferentes los creadores? Por supuesto que no.

Si alguno cree que por el hecho de escribir tienen que considerarle VIP, es un pobre imbécil.

Somos ciudadanos normales y corrientes, aunque quizá lo único que nos distingue del resto es que tenemos unas antenas abiertas, antenas que también tienen todas las demás personas, pero no las abren y por eso no captan lo que los creadores captamos.

Cada una de mis novelas ha constituido un reto particular, pues, aunque en todas, el tiempo, el espacio, los personajes, la trama o el punto de vista son comunes, su desarrollo es distinto, dependiendo del género.

En fin, el reto más importante de los escritores consiste en la búsqueda de la palabra exacta, de la palabra precisa para poder decir lo que queremos decir con la mayor propiedad denotativa, pero a la vez también con la mayor posibilidad connotativa, eso es con las mayores opciones de sugerencia.

A veces, las palabras no nos hacen caso, no acuden cuando las llamamos, se muestran totalmente insolidarias con nuestro trabajo, se convierten en furtivas y tenemos que tachar, empezar otra vez. Repetir la frase, reescribir y continuar reescribiendo y tachando hasta que conseguimos dar con lo que pretendíamos, aunque siempre nuestras aspiraciones sean mayores que los logros conseguidos y el reto siga ahí.